
DE BUENAS LETRAS
JOSÉ IGNACIO FERNÁNDEZ DOUGNAC
DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Cien años con Fellini

De toda la filmografía de Federico Fellini (1920-1993), existe un momento muy concreto que siempre me ha fascinado, por su aparente sencillez y por la manera con que una deliberada artificialidad se transforma en extraña y agri dulce explosión de vida. Me refiero a la secuencia final de 'Ocho y medio'. Una pequeña banda de música formada por unos payasos enanos, a los sonos circuenses de 'La pasarella di addio', del inolvidable Nino Rota, marca el ritmo de un largo desfile de los más variopintos tipos sociales. Cogidos de la mano, andan rítmicamente, como dando suaves saltitos. La comitiva recuerda las antiguas danzas medievales de la Muerte. Entre ellos Mastroianni (trasun-

to del propio director) se mueve nervioso de aquí para allá, asombrado por lo que se va desarrollando a su alrededor.

La secuencia es netamente 'felliniana', por su atmósfera coral y su sentido episódico, por la perfecta fusión entre imagen y música, por su aparatosa teatralidad, por los parlamentos que se entrecruzan o se superponen, por el espléndido vestuario del indispensable Piero Gherardi, por los figurantes maravillosamente estafalarios que conforman el 'casting', y, sobre todo, porque cada plano discurre ante nuestros ojos de la misma manera que si fuera un sueño ondulante que se funde en negro. La cámara es un espejo cóncavo que se pasea a lo largo del camino.

La evolución del autor de 'La Strada' no deja de ser llamativa. Comenzó en los años cuarenta dentro del neorealismo italiano, acaso la más decisiva y moderna de las vanguardias cinematográficas. Pero su mirada fue siempre tan libérrima que pronto dejó la espon-taneidad de las calles y se encerró, a partir de 'La dolce vita', en los estudios de Cinecittà, ese castillo encantado del que nunca más saldría. Desde allí empezó a cimentar su enorme artificio, a montar el afectado andamiaje donde todo es pura gestualidad, deliberado y visible simulacro, excentricidad, histrionismo y delirio. Sin embargo, igual que el mago que aún nos asombra con la paloma y la chistera, ese mismo simulacro deviene en entrañable prodigio, en ácida o cordial caricatura. Tal es el caso de 'Amarcord'. Porque también la memoria no es más que un sueño, un mero artificio que se diluye en la nada, de la misma manera que, en la película 'Roma', aquellos hermosos frescos subterráneos desaparecían de inmediato al contacto con el aire, sin que los operarios de las obras del metro pudieran evitarlo.